

placididad: no me ablandaron las músicas, sino mi liviandad: mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda á los pasos de Don Clavijo, que este es el nombre del referido caballero: y así siendo yo la medianera, él se halló una y muy muchas veces en la estancia de la por mí, y no por él engañada Antonomasia, debaxo del título de verdadero esposo, que aunque pecadora, no consintiera que sin ser su marido la llegara á la vira de la suela de sus zapatillas. No, no, eso no, el matrimonio ha de ir adelante en qualquier negocio destes que por mí se tratare. Solamente hubo un daño en este negocio, que fué el de la desigualdad, por ser Don Clavijo un caballero particular, y la Infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del reyno. Algunos dias estuvo encubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció, que la iba descubriendo á mas andar no sé que hinchazon del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo á los tres, y salió dél, que antes que se saliese á luz el mal recado, Don Clavijo pidiese ante el Vicario por su muger á Antonomasia, en fe de una cédula, que

de ser su esposa la Infanta le habia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sanson no pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias, vió el Vicario la cédula, tomó el tal Vicario la confesion á la señora: confesó de plano, mandóla depositar en casa de un alguacil de corte muy honrado. Á esta sazón dixo Sancho: tambien en Candaya hay alguaciles de corte, poetas y seguidillas? por lo que puedo jurar que imagino, que todo el mundo es uno; pero dése Vuesa Merced prieta, señora Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin desta tan larga historia. Si haré, respondió la Condesa.

CAPÍTULO XXXIX.

Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.

De qualquiera palabra que Sancho decía, la Duquesa gustaba tanto, como se desesperaba Don Quixote, y mandándole que callase, la Dolorida prosiguió, diciendo: en fin al cabo de muchas demandas y respuestas, como la Infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir, ni variar de la primera declaracion, el Vicario sen-

tenció en favor de Don Clavijo, y se la entregó por su legitima esposa, de lo que recibió tanto enojo la Reyna Doña Maguncia, madre de la Infanta Antonomasia, que dentro de tres dias la enterrámos. Debíó de morir sin duda, dixo Sancho. Claro está, respondió Trifaldín, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas. Ya se ha visto, señor escudero, replicó Sancho, enterrar un desmayado, creyendo ser muerto, y parecíame á mí, que estaba la Reyna Maguncia obligada á desmayarse ántes que á morirse, que con la vida muchas cosas se remedian, y no fué tan grande el disparate de la Infanta, que obligase á sentirle tanto. Quando se hubiera casado esa señora con algun page suyo, ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oido decir, fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentilhombre, y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad, que aunque fué necesidad, no fué tan grande como se piensa, porque segun las reglas de mi señor, que está presente, y no me dexará mentir, así como se hacen de los hombres letrados los Obispos, se pueden hacer de los caballe-

ros, y mas si son andantes, los Reyes y los Emperadores. Razon tienes, Sancho, dixo Don Quixote, porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propinqua de ser el mayor señor del mundo. Pero pase adelante la señora Dolorida, que á mí se me trasluce, que le falta por contar lo amargo desta hasta aquí dulce historia. Y como si queda lo amargo, respondió la Condesa, y tan amargo, que en su comparacion son dulces las tueras, y sabrosas las adelfas. Muerta pues la Reyna, y no desmayada, la enterrámos, y apenas la cubrimos con la tierra, y apenas le dimos el último vale, quando *quis talia fando temperet á lacrymis?* puesto sobre un caballo de madera, pareció encima de la sepultura de la Reyna el gigante Malabruno, primo cormano de Maguncia, que junto con ser cruel, era encantador, el qual con sus artes en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de Don Clavijo, y por despecho de la demasia de Antonomasia, los dexó encantados sobre la mesma sepultura, á ella convertida en una ximia de bronce, y á él en un espantoso cocodrilo de un metal no conocido, y entre los dos está un padron

asimismo de metal, y en él escritas en lengua siríaca unas letras, que habiéndose declarado en la candayesca, y ahora en la castellana, encierran esta sentencia: *No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes, hasta que el valeroso Manchego venga conmigo á las manos en singular batalla, que para solo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura.* Hecho esto, sacó de la vayna un ancho y desmesurado alfange, y asiéndome á mí por los cabellos hizo finta de querer segarme la gola y cortarme á cercen la cabeza. Turbéme, pegóseme la voz á la garganta, quedé mohina en todo extremo; pero con todo me esforcé lo más que pude, y con voz tembladora y doliente le dixé tantas y tales cosas, que le hicieron suspender la execucion de tan riguroso castigo. Finalmente hizo traer ante sí todas las dueñas de palacio, que fueron estas que están presentes, y despues de haber exâgerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargando á todas la culpa que yo sola tenia, dixo, que no queria con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas, que nos diesen una muerte



Luca y Antonio Carracci del libro.

Antonio Pellegrini del grabado.

PARTE II. CAPÍTULO XXXIX. 191

civil y continua, y en aquel mismo momento y punto que acabó de decir esto, sentimos todas, que se nos abrían los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas. Acudimos luego con las manos á los rostros, y hallámonos de la manera que ahora veréis: y luego la Dolorida y las demas dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venian, y descubrieron los rostros todos poblados de barbas, quales rubias, quales negras, quales blancas, y quales albarazadas, de cuya vista mostraron quedar admirados el Duque y la Duquesa, pasmados Don Quixote y Sancho, y atónitos todos los presentes: y la Trifaldi prosiguió: desta manera nos castigó aquel follon y mal intencionado de Malabrundo, cubriendo la blandura y morbidez de nuestros rostros con la aspereza destas cerdas, que pluguiera al Cielo, que ántes con su desmesurado alfange nos hubiera derribado las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre: porque si entramos en cuenta, señores míos, (y esto que voy á decir agora lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes; pero la consideracion de nuestra desgracia, y los mares que hasta aquí han

llovido, los tienen sin humor y secos como aristas, y así lo diré sin lágrimas) digo pues, que ¿ adonde podrá ir una dueña con barbas? ¿ que padre, ó que madre se dolera de ella? ¿ quien la dará ayuda? pues aun quando tiene la tez lisa, y el rostro martirizado con mil suertes de menjerges y mudas, apenas halla quien bien la quiera, ¿ que hará quando descubra hecho un bosque su rostro? ¡ Ó dueñas y compañeras mías! en desdichado punto nacimos, en hora menguada nuestros padres nos engendraron: y diciendo esto, dió muestras de desmayarse.

CAPÍTULO XL.

De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia.

Real y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias como esta, deben de mostrarse agradecidos á Cide Hamete su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las seminimas della, sin dexar cosa por menuda que fuese, que no la sacase á luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde á las táticas, aclara las dudas

resuelve los argumentos, finalmente los átomos del mas curioso deseo manifiesta. ¡ Ó autor celebrérrimo! ¡ ó Don Quixote dichoso! ¡ ó Dulcinea famosa! ¡ ó Sancho Panza gracioso! todos juntos, y cada uno de por si vivais siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivientes.

Dice pues la historia, que así como Sancho vió desmayada á la Dolorida, dió: por la fe de hombre de bien juro y por el siglo de todos mis pasados los Panzas, que jamas he oido, ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. Válgate mil Satanases, por no maldecirte, por encantador y gigante Malambruno ¿ y no hallaste otro género de castigo que dar á estas pecadoras, sino el de barbarlas? Como ¿ y no fuera mejor, y á ellas les estuviera mas á cuento, quitarles la mitad de las narices de medio arriba, aunque hablaran gangoso, que no ponerles barbas? Apostaré yo, que no tienen hacienda para pagar á quien las rape. Así es la verdad, señor, respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mondarlos, y así hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usar de unos pegotes, ó parches pegajosos, y apli-

cándolos á los rostros , y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas , como fondo de mortero de piedra , que puesto que hay en Candaya mugeres que andan de casa en casa á quitar el vello , y á pulir las cejas , y hacer otros menjures tocantes á mugeres , nosotras las dueñas de mi señora por jamás quisimos admitirlas , porque las mas oliscan á terceras , habiendo dexado de ser primas : y si por el señor Don Quixote no somos remediadas , con barbas nos llevarán á la sepultura. Yo me pelaría las mías , dixo Don Quixote , en tierra de moros , si no remediase las vuestras. Á este punto volvió de su desmayo la Trifaldi , y dixo : el retintin desa promesa , valeroso caballero , en medio de mi desmayo llegó á mis oídos , y ha sido parte para que yo del vuelva , y cobre todos mis sentidos , y así de nuevo os suplico , andante ínclito y señor indomable , vuestra graciosa promesa se convierta en obra. Por mí no quedará , respondió Don Quixote: ved , señora , que es lo que tengo de hacer , que el ánimo está muy pronto para serviros. Es el caso , respondió la Dolorida , que desde aquí al reyno de Candaya , si se va por tierra , hay cinco mil leguas , dos mas á ménos ; pero si se va por el

ayre y por la línea recta , hay tres mil y docientas y veinte y siete. Es tambien de saber , que Malabrundo me dixo , que quando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador , que él le enviaria una cabalgadura harto mejor y con ménos malicias , que las que son de retorno , porque ha de ser aquel mesmo caballo de madera , sobre quien llevó el valeroso Piérres robada á la linda Magalona , el qual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente , que le sirve de freno , y vuela por el ayre con tanta ligereza , que parece que los mesmos diablos le llevan. Este tal caballo , segun es tradicion antigua , fué compuesto por aquel sabio Merlin. Prestósele á Piérres , que era su amigo , con el qual hizo grandes viages , y robó , como se ha dicho , á la linda Magalona , llevándola á las ancas por el ayre , dexando embobados á quantos desde la tierra los miraban , y no le prestaba , sino á quien él queria , ó mejor se lo pagaba , y desde el gran Piérres hasta ahora no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malabrundo con sus artes , y le tiene en su poder , y se sirve dél en sus viages , que los hace por momentos por diversas partes del mundo , y hoy está aquí

y mañana en Francia, y otro día en Potosí: y es lo bueno, que el tal caballo, ni come, ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante por los ayres, sin tener alas, que el que lleva encima, puede llevar una taza llena de agua en la mano, sin que se le derrame gota, según camina llano y reposado, por lo qual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él. A esto dixo Sancho: para andar reposado y llano mi rucio, puesto que no anda por los ayres, pero por la tierra yo le cutiré con quantos portantes hay en el mundo. Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió: y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin á nuestra desgracia, ántes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él me significó, que la señal que me daría por donde yo entendiese que había hallado el caballero que buscaba, sería enviarme el caballo donde fuese con comodidad y presteza. ¿Y quantos caben en ese caballo? preguntó Sancho. La Dolorida respondió: dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas, y por la mayor parte estas tales dos personas son caballero y escudero, quando falta alguna robada doncella. Querria yo saber, señora Do-

lorida, dixo Sancho, que nombre tiene ese caballo. El nombre, respondió la Dolorida, no es como el caballo de Belerophonte, que se llamaba Pegaso, ni como el del Magno Alexandro, llamado Bucéphalo, ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fué Brilladoro, ni ménos Bayarte, que fué el de Reynáldos de Montalvan, ni Frontino, como el de Rugero, ni Boótes, ni Peritoa, como dicen que se llaman los del sol, ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último Rey de los Godos, entró en la batalla, donde perdió la vida y el reyno. Yo apostaré, dixo Sancho, que pues no le han dado ninguno desos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el de mi amo Rocinante, que en ser propio excede á todos los que se han nombrado. Así es, respondió la barbada Condesa; pero todavía le quadra mucho, porque se llama *Clavileño el Aligero*, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la ligereza con que camina, y así en quanto al nombre, bien puede competir con el famoso Rocinante. No me descontenta el nombre, replicó Sancho, pero ¿con que freno, ó

con que xáquima se gobierna? Ya hé dicho, respondió la Trifaldi, que con la clavija, que volviéndola á una parte, ó á otra el caballero que va encima, le hace caminar como quiere, ó ya por los ayres, ó ya rastreando, y casi barriendo la tierra, ó por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas. Ya lo querria ver, respondió Sancho; pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla, ni en las ancas, es pedir péras al olmo. Bueno es que apenas puedo tenerme en mi rucio, y sobre una albarda mas blanda que la mesma seda, y querrian ahora que me tuviese en unas ancas de tabla, sin coxin, ni almohada alguna: pardiez yo no me pienso moler por quitar las barbas á nadie, cada qual se rape como mas le viniere á cuento, que yo no pienso acompañar á mi señor en tan largo viage, quanto mas, que yo no debo de hacer al caso para el rapamiento destas barbas, como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea. Si sois, amigo, respondió la Trifaldi, y tanto que sin vuestra presencia entiendo que no haremos nada. Aquí del Rey, dixo Sancho, ¿que tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿hansé de lle-

var ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¿cuerpo de mi! aun si dixesen los historiadores: el tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el qual fuera imposible el acabarla; pero ¿que escriban á secas, Don Paralipómenon de las tres estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos, sin nombrar la persona de su escudero, que se halló presente á todo, como si no fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo á decir, que mi señor se puede ir solo, y buen provecho le haga, que yo me quedaré aquí en compañía de la Duquesa mi señora, y podria ser que quando volviere, hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto, porque pienso en los ratos ociosos y desocupados darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo. Con todo eso le habeis de acompañar, si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos, que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros destas señoras, que cierto seria mal caso. Aquí del Rey otra vez replicó Sancho, quando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas, ó por algunas niñas de la doctrina, pudiera el

hombre aventurarse á qualquier trabajos pero que lo sufra por quitar las barbas á dueñas ¡mal año! mas que las viese yo á todas con barbas desde la mayor hasta la menor, y de la mas melindrosa hasta la mas repulgada. Mal estais con las dueñas, Sancho amigo, dixo la Duquesa, muchos vais tras la opinion del boticario toledano, pues á fe que no teneis razon, que dueñas hay en mi casa, que pueden ser exemplo de dueñas, que aqui está mi Doña Rodriguez, que no me dexará decir otra cosa. Mas que la diga Vuestra Excelencia, dixo Rodriguez, que Dios sabe la verdad de todo, y buenas, ó malas, barbadas, ó lampiñas que seamos las dueñas, tambien nos parieron nuestras madres, como á las otras mugeres, y pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para que, y á su misericordia me atengo, y no á las barbas de nadie. Ahora bien, señora Rodriguez, dixo Don Quixote, y señora Trifaldi y compañía, yo espero en el Cielo, que mirará con buenos ojos vuestras cuitas, que Sancho hará lo que yo le mandare, ya viniese Clavileño, y ya me viese con Malabrundo, que yo sé que no habria navaja que con mas facilidad rapase á Vuestras Mercedes, como mi espada

raparía de los hombros la cabeza de Malabrundo: que Dios sufre á los malos, pero no para siempre. ¡Ay! dixo á esta sazón la Dolorida, con benignos ojos miran á vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentia, para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos, y socialñado de pages, que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero á ser monja, que á dueña: desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque vengamos por línea recta de varon en varon del mismo Héctor el troyano, no dexarán de echarnos un vos nuestras señoras, si pensasen por ello ser Reynas. O gigante Malabrundo, que aunque eres encantador, eres certísimo en tus promesas, envianos ya al sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe, que si entra el calor, y estas nuestras barbas duran ¡guay de nuestra ventura! Dixo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho, y propuso en su corazon de acompañar á su señor has-

ta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.

CAPÍTULO XLI.

De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura.

Llegó en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya á Don Quixote, pareciéndole, que pues Malabrino se detenía en enviarle, ó que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malabrino no osaba venir con él á singular batalla. Pero veis aquí, quando á deshora entraron por el jardín quatro salvages vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros traian un gran caballo de madera. Pusieronle de pies en el suelo, y uno de los salvages dixo: suba sobre esta máquina el que tuviere ánimo para ello. Aquí, dixo Sancho, yo no subo, porque ni tengo ánimo, ni soy caballero, y el salvage prosiguió diciendo; y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fuese del valeroso Malabrino,

no, que si no fuere de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido, y no hay mas que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta, que él los llevará por los ayres, adonde los atiende Malabrino; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause váguidos, se han de cubrir los ojos, hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viage. Esto dicho, dexando á Clavileño, con gentil continente se volviéron por donde habian venido. La Dolorida así como vió al caballo, casi con lágrimas, dixo á Don Quixote: valeroso caballero, las promesas de Malabrino han sido ciertas, el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo dellas te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en mas, sino en que subas en él con tu escudero, y des felice principio á vuestro nuevo viage. Eso haré yo, señora Condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme á tomar coxín, ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros á vos, señora, y á todas estas dueñas rasas y mondas. Eso no haré yo, dixo Sancho, ni de malo, ni de buen talante en ninguna ma-

nera, y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba á las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy bruxo, para gustar de andar por los ayres: y que dirán mis insulanos quando sepan, que su Gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa mas, que habiéndolo tres mil y tantas leguas de aquí á Candaya, si el caballo se cansa, ó el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya ni habrá Ínsula ni insulos en el mundo, que me conozcan: y pues se dice comunmente, que en la tardanza va el peligro, y que quando te dieren la vaquilla, acudas con la soguilla, perdónenme las barbas destas señoras, que bien se está San Pedro en Roma, quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero, como es verme Gobernador. Á lo que el Duque dixo: Sancho amigo, la Ínsula que yo os he prometido, no es movible, ni fugitiva, raices tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán, ni mudarán de donde está á tres tiro-nes: y pues vos sabéis que sé yo, que no

hay ningun género de oficio destes de mayor cantía que no se grangée con alguna suerte de cohecho, qual mas, qual ménos, el que yo quiero llevar por este gobierno, es que vais con vuestro señor Don Quixote á dar cima y cabo á esta memorable aventura: que ahora volvais sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, ahora la contraria fortuna os trayga y vuelva á pie hecho romero, de meson en meson y de venta en venta, siempre que volviéredes hallaréis vuestra Ínsula donde la dexais, y á vuestros insulanos con el mesmo deseo de recebiros por su Gobernador, que siempre han tenido, y mi voluntad será la mesma, y no pongais duda en esta verdad, señor Sancho, que seria hacer notorio agravio al deseo que de ser viros tengo. No mas, señor, dixo Sancho, yo soy un pobre escudero, y no puedo llevar á cuestras tantas cortesias: suba mi amo, tápenme estos ojos, y encomiéndenme á Dios, y avisenme, si quando vamos por esas altanerías podré encomendarme á nuestro Señor, ó invocar los Ángeles que me favorezcan. Á lo que respondió Trifaldi: Sancho, bien podeis encomendaros á Dios, ó á quien quisiéredes, que Malambruno, aunque es encantador, es chris-

tiano, y hace sus encantamentos con mucha sagacidad y con mucho tiento; sin meterse con nadie. Ea pues, dixo Sancho, Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta. Desde la memorable aventura de los batanes, dixo Don Quixote, nunca he visto á Sancho con tanto temor como ahora, y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aquí, Sancho, que con licencia destes señores os quiero hablar á parte dos palabras: y apartando á Sancho entre unos árboles del jardín, y asiéndole ambas las manos, le dixo: ya ves, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera, y que sabe Dios quando volveremos del, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios: y así querría que ahora te retirases en tu aposento, como que vas á buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daga las pajas te dieses á buena cuenta de los tres mil y trecientos azotes, á que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás, que el comenzar las cosas, es tenerlas medio acabadas. Par Dios, dixo Sancho, que Vuesa Merced debe de ser menguado: esto es como aquello que dicen, en priesa me ves y doncellez me de-

mandas: ¿ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa, quiere Vuesa Merced que me lastime las posas? En verdad, en verdad, que no tiene Vuesa Merced razon: vamos ahora á reparar estas dueñas, que á la vuelta yo le prometo á Vuesa Merced, como quien soy, de darme tanta priesa á salir de mi obligacion, que Vuesa Merced se contente, y no le digo mas. Y Don Quixote respondió: pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto eres hombre verídico. No soy verde, sino moreno, dixo Sancho; pero aunque fuera de mezcla, cumpliera mi palabra. Y con esto se volviéron á subir en Clavileño, y al subir dixo Don Quixote: tapaos, Sancho, y subid, Sancho, que quien de tan lueñas tierras envía por nosotros, no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar á quien dél se fia: y puesto que todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña, no la podrá escurecer malicia alguna. Vamos, señor, dixo Sancho, que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazon, y no comeré bocado que bien me sepa, hasta verlas en su primera li-

sura. Suba Vuesa Merced y tápese primero, que si yo tengo de ir á las ancas, claro está que primero sube el de la silla. Así es la verdad, replicó Don Quixote, y sacando un pañuelo de la faldriquera, pidió á la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos, y habiéndoselo cubierto, se volvió á descubrir y dixo: si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del Paladion de Troya, que fué un caballo de madera que los Griegos presentaron á la Diosa Pálas, el qual iba preñado de caballeros armados, que despues fuéron la total ruina de Troya, y así será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago. No hay para que, dixo la Dolorida, que yo le fio, y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso, ni de traydor: Vuesa Merced, señor Don Quixote, suba sin pavor alguno, y á mi daño si alguno le sucediere. Parecióle á Don Quixote, que qualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad, sería poner en detrimento su valentía, y así sin mas altercar subió sobre Clavileño, y le tentó la clavija que fácilmente se rodeaba, y como no tenia estribos, y le colgaban las piernas, no parecia sino figura de tapiz flamenco pintada, ó texida en algun roma-

no triunfo. De mal talante y poco á poco llegó á subir Sancho, y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al Duque, que si fuese posible le acomodasen de algun coxin, ó de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la Duquesa, ó del lecho de algun page, porque las ancas de aquel caballo, mas parecían de mármol, que de leño. A esto dixo la Trifaldi, que ningun jaez ni ningun género de adorno sufría sobre sí Clavileño, que lo que podia hacer era ponerse á mugeriégas, y que así no sentiria tanto la dureza. Hizolo así Sancho, y diciendo: á Dios, se dexó vendar los ojos, y ya despues de vendados se volvió á descubrir, y mirandó á todos los del jardin tiernamente y con lágrimas, dixo, que le ayudasen en aquel trance con sendos Pater nostres y sendas Ave Marías, porque Dios deparase quien por ellos los dixese, quando en semejantes trances se viesen. A lo que dixo Don Quixote: ladron: estás puesto en la horca por ventura, ó en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del qual

descendió, no á la sepultura, sino á ser Reyna de Francia, si no mienten las historias: y yo que voy á tu lado, no puedo ponerme al del valeroso Piérres, que oprimió este mismo lugar, que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado, y no te salga á la boca el temor que tienes, á lo ménos en presencia mía. Tápenme, respondió Sancho, y pues no quieren que me encomiende á Dios, ni que sea encomendado, ¿que mucho que tema no ande por aquí alguna region de diablos, que den con nosotros en Peralvillo? Cubriéronse, y sintiendo Don Quixote, que estaba como habia de estar, tentó la claviija, y apenas hubo puesto los dedos en ella, quando todas las dueñas y quantos estaban presentes, levantáron las voces diciendo: Dios te guíe, valeroso caballero: Dios sea contigo, escudero intrépido: ya, ya vais por esos ayres rompiéndolos con mas velocidad que una saeta, ya comenzais á suspender y admirar á quantos desde la tierra os están mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas, mira no cayas, que será peor tu caída que la del atrevido mozo, que quiso regir el carro del sol su padre. Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo, y ciñéndole con los

brazos, le dixo: señor como dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece sino que están aquí hablando junto á nosotros? No repares en eso, Sancho, que como estas cosas y estas volaterias van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres, y no me aprietes tanto, qué me derribas, y en verdad que no sé de que te turbas, ni te espantas, que osaré jurar, que en todos los días de mi vida he subido en cabalgadura de paso mas llano: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que en efecto la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa. Así es la verdad, respondió Sancho, que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando: y así era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo ayre. Tan bien traza da estaba la tal aventura por el Duque y la Duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dexase de hacer perfecta. Sintiéndose pues soplar Don Quixote, dixo: sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar á la segunda region del ayre, adonde se engendra el gránizo y las nieves: los truenos, los relámpagos

y los rayos se engendran en la tercera region : y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la region del fuego, y no sé yo como templar esta clavija, para que no subamos donde nos abrasemos. En esto con unas estopas ligeras de encenderse y apagarse, desde léjos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho que sintió el calor, dixo : que me maten, si no estamos ya en el lugar del fuego, ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme, y ver en que parte estamos. No hagas tal, respondió Don Quixote, y acuérdate del verdadero cuento del Licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en volandas por el ayre caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó á Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbon, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que había visto, el qual asimismo dixo, que quando iba por el ayre le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca, á su parecer, del cuerpo de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que

no osó mirar á la tierra por no desvanecerse : así que, Sancho, no hay para que descubrirnos, que el que nos lleva á cargo, el dará cuenta de nosotros, y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto, para dexarnos caer de una sobre el reyno de Candaya, como hace el sacre, ó neblí sobre la garza, para cogerla, por mas que se remonte : y aunque nos parece que no ha media hora que nos partimos del jardin, créeme, que debemos de haber hecho gran camino. No sé lo que es, respondió Sancho ^o Panza, solo sé decir, que si la señora Magallanes, ó Magalona se contentó destas ancas, que no debía de ser muy tierna de carnes. Todas estas pláticas de los dos valientes oían el Duque y la Duquesa y los del jardin, de que recibian extraordinario contento : y queriendo dar remate á la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los ayres con extraño ruido, y dió con Don Quixote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados. En este tiempo ya se había desaparecido del jardin todo el barbado esquadron de las dueñas y la Trifaldi y todo : y los del

jardin quedáron como desmayados, tendidos por el suelo. Don Quixote y Sancho se levantaron mal trechos, y mirando á todas partes, quedáron atónitos de verse en el mesmo jardin de donde habian partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente, y creció mas su admiracion, quando á un lado del jardin viéron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el qual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

El inculto caballero Don Quixote de la Mancha feneció y acabó la aventura de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Duena Dolorida y compañía, con solo intentarla.

Malambruno se da por contento y satisfecho á toda su voluntad, las barbas de las Duenas ya quedan lisas y mondas, y los Reyes Don Clavijo y Antonomasia en su pristino estado, y quando se cumpliere el escuderial vúpulo, la blanca paloma se verá libre de los pestíferos gírfaltes que la persiguen, y en brazos de su querido arrullador, que así está ordenado por el sabio Merlin, Protoencantador de los encantadores.

Habiendo pues Don Quixote leído las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban, y dando muchas gracias al Cielo, de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo á su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecian, se fué adonde el Duque y la Duquesa aun no habian vuelto en sí, y trabando de la mano al Duque, le dixo: ea, buen señor, buen ánimo, buen ánimo, que todo es nada, la aventura es ya acabada sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padron está puesto. El Duque poco á poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fué volviendo en sí, y por el mismo tenor la Duquesa, y todos los que por el jardin estaban caidos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podian dar á entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabian fingir de burlas. Leyó el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fué á abrazar á Don Quixote, diciéndole ser el mas buen caballero que en ningun siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver que rostro tenia sin las barbas, y si era tan her-

o iv

mosa sin ellas, como su gallarda disposición prometia; pero dixeronele, que así como Clavileño baxó ardiendo por los ayres y dió en el suelo, todo el esquadron de las dueñas con la Trifaldi habia desaparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones. Preguntó la Duquesa á Sancho, que como le habia ido en aquel largo viage. Á lo qual Sancho respondió: yo, señora, senti que íbamos, segun mi señor me dixo, volando por la region del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo, á quien pedi licencia para descubrirme, no lo consintió: mas yo que tengo no sé que briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorba y impide, bonitamente, y sin que nadie lo viese, por junto á las narices aparté tanto quanto el pañizuelo, que me tapaba los ojos, y por allí miré hácia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella poco mayores que avellanas, porque se vea quan altos debíamos de ir entónces. Á esto dixo la Duquesa: Sancho amigo, mirad lo que decís, que á lo que parece vos no vistés la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella, y está claro, que si la tierra os pareció como un grano

de mostaza y cada hombre como una avellana, un hombre solo habia de cubrir toda la tierra. Así es verdad, respondió Sancho; pero con todo eso, la descubrí por un ladito, y la vi toda. Mirad, Sancho, dixo la Duquesa, que por un ladito no se ve el todo de lo que se mira. Yo no sé esas miradas, replicó Sancho, solo sé, que será bien que Vuestra Señoría entienda, que pues volábamos por encantamento, por encantamento podia yo ver toda la tierra, y todos los hombres por do quiera que los mirara: y si esto no se me cree, tampoco creerá Vuesa Merced, como descubriéndome por junto á las cejas, me vi tan junto al cielo, que no habia de mí á el palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mia, que es muy grande ademas, y sucedió, que íbamos por parte donde están las siete cabrillas, y en Dios y en mi ánima, que como yo en mi niñez fuí en mi tierra cabrerizo, que así como las vi, me dió una gana de entretenerme con ellas un rató, y si no la cumpliera me parece que reventara. Vengo pues, y tomo, y que hago, sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelies y como

unas flores, casi tres quartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar, ni pasó adelante. Y en tanto que el buen ³² Sancho se entretenía con las cabras, preguntó el Duque ¿en que se entretenía el señor Don Quixote? A lo que Don Quixote respondió: como todas estas cosas, y estos tales sucesos van fuera del órden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice: de mí sé decir, que ni me descubri por alto, ni por baxo, ni vi ³² el cielo, ni la tierra, ni la mar, ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la region del ayre, y aun que tocaba á la del fuego; pero que pasásemos de allí, no lo puedo creer, pues estando la region del fuego entre el cielo de la luna y la última region del ayre, no podíamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas, que Sancho dice, sin abrasarnos: y pues no nos asuramos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña. Ni miento, ni sueño, respondió Sancho, si no pregunténme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad, ó no. Dígalas pues, Sancho, dixo la Duquesa. Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla. Nueva manera de cabras es esa, dixo el Duque, y por esta nuestra re-

gion del suelo no se usan tales colores, digo cabras de tales colores. Bien claro está eso, dixo Sancho, si, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo á las del suelo. Decídmeme, Sancho, preguntó el Duque ¿vistes allá entre esas cabras algun cabron? No señor, respondió Sancho; pero oí decir, que ninguno pasaba de los cuernos de la luna. No quisieron preguntarle mas de su viage, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de quanto allá pasaba, sin haberse movido del jardin. En resolucion este fué el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió que reir á los Duques, no solo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar á Sancho siglos, si los viviera, y llegándose Don Quixote á Sancho al oido, le dixo: Sancho, pues vos quereis que se os crea lo que habeis visto en el cielo, yo quiero que vos me creais á mí lo que vi en la cueva de Montesinos, y no os digo mas.

CAPÍTULO XLII.

De los consejos que dió Don Quixote á Sancho Panza ántes que fuese á gobernar la Insula, con otras cosas bien consideradas.

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedáron tan contentos los Duques, que determináron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sugeto que tenían, para que se viesen por veras, y así habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habían de guardar con Sancho en el gobierno de la Insula prometida, otro día, que fué el que sucedió al vuelo de Clavileño, dixo el Duque á Sancho, que se adelñase y compusiese para ir á ser Gobernador, que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de Mayo. Sancho se le humilló, y le dixo: despues que baxé del cielo, y despues que desde su alta cumbre miré la tierra, y la vi tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenia tan grande de ser Gobernador, porque ¿que grandeza es mandar en un grano de mostaza, ó que dignidad, ó imperio el gobernar á media docena de hom-

bres tamaños como avellanas, que á mi parecer no habia mas en toda la tierra? Si Vuestra Señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese mas de media legua, la tomaria de mejor gana que la mayor Insula del mundo. Mirad, amigo Sancho, respondió el Duque, yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor que una uña, que á solo Dios están reservadas esas mercedes y gracias: lo que puedo dar os doy, que es una Insula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremañera fértil y abundosa, donde si vos ós sabeis dar maña, podeis con las riquezas de la tierra grangear las del cielo. Ahora bien, respondió Sancho, venga esa Insula, que yo pugnaré por ser tal Gobernador, que á pesar de bellacos me vaya al cielo, y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ni de levantarme á mayores, sino por el deseo que tengo de probar á que sabe el ser Gobernador. Si una vez lo probais, Sancho, dixo el Duque, comeros heis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar, y ser obedecido. Á buen seguro que quando vuestro dueño llegue á ser Emperador, que lo será sin duda, segun van encamina-

das sus cosas , que no se lo arranquen como quiera , y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dexado de serlo. Señor , replicó Sancho , yo imagino , que es bueno mandar , aunque sea á un hato de ganado. Con vos me entierren , Sancho , que sabeis de todo , respondió el Duque : yo espero que seréis tal Gobernador como vuestro juicio promete , y quedese esto aquí , y advertid , que mañana en ese mismo dia habeis de ir al gobierno de la Insula , y esta tarde os acomodarán del trage conveniente que habeis de llevar , y de todas las cosas necesarias á vuestra partida. Vistanme , dixo Sancho , como quisieren , que de qualquier manera que vaya vestido , seré Sancho Panza. Así es verdad , dixo el Duque ; pero los trages se han de acomodar con el oficio , ó dignidad que se profesa , que no sería bien , que un jurisperito se vistiese como soldado , ni un soldado como un Sacerdote. Vos , Sancho , iréis vestido parte de letrado , y parte de capitán , porque en la Insula que os doy , tanto son menester las armas como las letras , y las letras como las armas. Letras , respondió Sancho , pocas tengo , porque aun no sé el A. B. C , pero bástame tener el *Christus* en la me-

moria , para ser buen Gobernador. De las armas manejaré las que me dieren hasta caer , y Dios delante. Con tan buena memoria , dixo el Duque , no podrá Sancho errar en nada. En esto llegó Don Quixote , y sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se había de partir á su gobierno , con licencia del Duque le tomó por la mano , y se fué con él á su estancia con intencion de aconsejarle como se había de haber en su oficio. Entrados pues en su aposento , cerró tras sí la puerta , y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto á él , y con reposada voz le dixo:

Infinitas gracias doy al Cielo , Sancho amigo , de que ántes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha , te haya salido á ti á recibir y á encontrar la buena ventura. Yo que en mi buena suerte te tenia librada la paga de tus servicios , me veo en los principios de aventajarme , y tú ántes de tiempo , contra la ley del razonable discurso , te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan , importunan , solicitan , madrugan , ruegan , porfían , y no alcanzan lo que pretenden , y llega otro , y sin saber como , ni como no , se halla con el cargo y oficio , que otros muchos preten-

diéron : y aquí entra y encaxa bien el decir, que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro, sin madrugar, ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin mas ni mas te ves Gobernador de una Insula, como quien no dice nada. Todo esto digo, ó Sancho, para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recebida, sino que des gracias al Cielo, que dispone suavemente las cosas, y despues las darás á la grandeza, que en sí encierra la profesion de la caballería andante. Dispuesto pues el corazon á creer lo que te he dicho, está, ó hijo, atento á este tu Caton, que quiere aconsejarte, y ser norte y guia, que te encamine y saque á seguro puerto deste mar proceloso donde vas á engolfarte: que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, ó hijo, has de temer á Dios: porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio, no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á ti mismo, que es el mas difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el

no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el bucy, que si esto haces vendrá á ser feos pies de la rueda de tu locura la consideracion de haber guardado puercos en tu tierra. Así es la verdad, respondió Sancho, pero fué quando muchacho; pero despues algo hombrecillo, ganosos fuéron los que guardé, que no puercos; pero esto pareçeme á mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de Reyes. Así es verdad, replicó Don Quixote, por lo qual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que exercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia los libre de la murmuracion maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linage, y no te desprecies de decir que vienes de labradores, porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá á correr, y precíate mas de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baxa estirpe nacidos, han subido á la suma dignidad pontificia, é imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos exemplos³³ que te cansarán.

Mira, Sancho, si tomas por medio á la

virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para que tener envidia á los que los tienen Principes y señores, porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola, lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere á verte, quando estés en tu Ínsula, alguno de tus parientes, no le deseches, ni le afrentes, ántes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfacerás al Cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien concertada.

Si truxeres á tu muger contigo (porque no es bien que los que asisten á gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias) enséñala, dotrínala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un Gobernador discreto, suele perder y derramar una muger rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder) y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal, que te sirva de anzuelo, y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla, porque en verdad te digo, que de todo aquello que la muger del

Juez recibiere, ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el quatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaxe, que suele tener mucha cabida con los ignorantes, que presumen de agudos.

Hallen en tí mas compasion las lágrimas del pobre; pero no mas justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dadivas del rico, como por entre los sollozos, é importunidades del pobre.

Quando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delinqüente, que no es mejor la fama del Juez riguroso, que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Quando te sucediere juzgar algun pleyto de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la passion propia en la causa agena, que los yerros que en ella hi-

cieres , las mas veces serán sin remedio , y si le tuvieren , será á costa de tu crédito , y aun de tu hacienda.

Si alguna muger hermosa viniere á pedirte justicia , quita los ojos de sus lágrimas , y tus oídos de sus gemidos , y considera despacio la sustancia de lo que pide , si no quieres que se anegue tu razon en su llanto , y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras , no trates mal con palabras , pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadida de las malas razones.

Al culpado que cayere debaxo de tu juridicion , considérale hombre miserable sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra , y en todo quanto fuere de tu parte , sin hacer agravio á la contraria , muéstratele piadoso y clemente , porque aunque los atributos de Dios todos son iguales , mas resplandece y campea á nuestro ver el de la misericordia , que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues , Sancho , serán luengos tus dias , tu fama será eterna , tus premios colmados , tu felicidad indecible , casarás tus hijos como quisieres , títulos tendrán ellos y tus nietos , vivirás en paz y beneplacito de las gen-

tes , y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura , y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aqui te he dicho , son documentos que han de adornar tu alma : escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

CAPÍTULO XLIII.

De los consejos segundos que dió Don Quixote á Sancho Panza.

¿ Quien oyera el pasado razonamiento de Don Quixote , que no le tuviera por persona muy cuerda , y mejor intencionada ? Pero como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho , solamente disparaba en tocándole en la caballería , y en los demas discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento , de manera , que á cada paso desacreditaban sus obras su juicio , y su juicio sus obras ; pero en esta destos segundos documentos que dió á Sancho , mostró tener gran donayre , y puso su discrecion y su locura en un levantado punto. Atentísimamente le escuchaba Sancho , y procuraba conser-

var en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos y salir por ellos á buen parto de la preñez de su gobierno. Prosiguió pues Don Quixote, y dixo:

En lo que toca á como has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es, que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dexarlas crecer como algunos hacen, á quien su ignorancia les ha dado á entender, que las uñas largas les hermocean las manos, como si aquel excremento y añadidura, que se dexan de cortar, fuese uña, siendo ántes garras de cernicalo lagartijero: puerco y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido y floxo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazelado, si ya la descompostura y floxedad no cae debaxo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César.

Toma con discrecion el pulso á lo que pudiere valer tu oficio, y si sufiere que des librea á tus criados, dá-ela honesta y provechosa, mas que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres: quiero decir, que si has de vestir seis pages, viste tres, y otros tres pobres, y así tendrás pages para el cielo y para el sue-

lo: y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos, ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería: anda despacio, habla con reposo; pero no de manera, que parezca que te escuchas á ti mismo, que toda afectacion es mala.

Come poco, y cena mas poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado, ni guarda secreto, ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar á dos carrillos, ni de erutar delante de nadie. Eso de erutar no entiendo, dixo Sancho, y Don Quixote le dixo: erutar, Sancho, quiere decir regoldar, y este es uno de los mas torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo, y así la gente curiosa se ha acogido al latin, y al regoldar dice erutar, y á los regüeldos erutaciones: y quando algunos no entiendan estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entienden, y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso. En verdad, señor, dixo Sancho, que uno de los conse-

jos y avisos que pienso llevar en la memoria, ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy á menudo. Erutar, Sancho, que no regoldar, dixo Don Quixote. Erutar diré de aquí adelante, respondió Sancho, y á fe que no se me olvide.

Tambien, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que mas parecen disparates, que sentencias. Eso Dios lo puede remediar, respondió Sancho, porque sé mas refranes que un libro, y viénense tantos juntos á la boca quando hablo, que riñen por salir unos con otros; pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan á pelos; mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan á la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y á buen salvo está el que repica, y el dar y el tener, seso ha menester. Eso sí, Sancho, dixo Don Quixote, encaxa, ensarta, enhila refranes, que nadie te va á la mano: castigame mi madre y yo trompógelas. Estoyte diciendo, que excuses re-

franes, y en un instante has echado aquí una letanía dellos, que así quadran con lo que vamos tratando, como por los cerros de Ubeda. Mira, Sancho, no te digo yo, que parece mal un refran traído á propósito; pero cargar ³⁴ y ensartar refranes á troche moche, hace la plática desmayada y baxa.

Quando subieres á caballo, no vayas echando el cuerpo sobre el arzon postrero, ni lleves las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan floxo, que parezca que vas sobre el rucio, que el andar á caballo á unos hace caballeros, á otros caballerizas.

Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol, no goza del dia; y advierte, ó Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza su contraria jamas llegó al término que pide un buen deseo.

Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy en la memoria, que creo que no te será de ménos provecho, que los que hasta aquí te he dado, y es: que jamas te pongas á disputar de linages, á lo ménos comparándolos entre sí, pues por fuerza en los que

se comparan , uno ha de ser el mejor , y del que abatieres serás aborrecido , y del que levantares en ninguna manera premiado.

Tu vestido será calza entera , ropilla larga , herreruelo un poco mas largo , gregüescos ni por pienso , que no les están bien , ni á los caballeros , ni á los Gobernadores.

Por ahora esto se me ha ofrecido , Sancho , que aconsejarte : andará el tiempo , y segun las ocasiones , así serán mis documentos , como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares. Señor , respondió Sancho , bien veo que todo quanto Vuesa Merced me ha dicho son cosas de buenas , santas y provechosas , ; pero de que han de servir , si de ninguna me acuerdo ? Verdad sea , que aquello de no dexarme crecer las uñas y de casarme otra vez , si se ofreciere , no se me pasará del magin ; pero esotros badulaques y enredos y revoltillos , no se me acuerda , ni acordará mas dellos , que de las nubes de año , y así será menester , que se me den por escrito , que puesto que no sé leer , ni escribir , yo se los daré á mi confesor para que me los encaxe y recapacite quando fuere menester. ; Ah pecador de mí!

respondió Don Quixote : y que mal parece en los Gobernadores el no saber leer , ni escribir , porque has de saber , ó Sancho , que no saber un hombre leer , ó ser zurdo , arguye una de dos cosas , ó que fué hijo de padres demasiado de humildes y baxos , ó él tan travieso y malo , que no pudo entrar en él el buen uso , ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo , y así querría que aprendieses á firmar siquiera. Bien sé firmar mi nombre , respondió Sancho , que quando fuí prioste en mi Lugar , aprendí á hacer unas letras como de marca de fardo , que decian que decia mi nombre , quanto mas que fingiré que tengo tullida la mano derecha y haré que firme otro por mí , que para todo hay remedio , sino es para la muerte , y teniendo yo el mando y el palo , haré lo que quisiere : quanto mas , que el que tiene el padre Alcalde... y siendo yo Gobernador , que es mas que ser Alcalde , llegaos , que la dexan ver , no sino popen , y calóñenme , que vendrán por lana , y volverán trasquilados , y á quien Dios quieré bien , la casa le sabe , y las necesidades del rico por sentencias pasan en el mundo , y siéndolo yo , siendo Gobernador y juntamente liberal como lo pienso ser , no ha-

brá falta que se me parezca : no sino ha-
ceos miel , y paparos han moscas : tanto
vales quanto tienes , decía una mi agüela,
y del hombre arraygado no te verás ven-
gado. ¡O maldito seas de Dios, Sancho! di-
xo á esta sazón Don Quixote : sesenta mil
Satanases te lleven á ti y á tus refranes:
una hora ha que los estás ensartando , y
dándome con cada uno tragos de tormen-
to. Yo te aseguro , que estos refranes te
han de llevar un día á la horca , por ellos
te han de quitar el gobierno tus vasallos,
ó ha de haber entre ellos comunidades. Di-
me ¿ donde los hallas , ignorante? ¿ó como
los aplicas , mentecato? que para decir yo
uno , y aplicarle bien , sudo y trabajo co-
mo si cavase. Por Dios , señor nuestro amo,
replicó Sancho , que Vuesa Merced se
queja de bien pocas cosas. Á que diablos
se pudre de que yo me sirva de mi hacien-
da , que ninguna otra tengo , ni otro cau-
dal alguno , sino refranes y mas refranes,
y ahora se me ofrecen quatro , que venian
aquí pintiparados , ó como peras en taba-
que , pero no los diré , porque al buen ca-
llar llaman Sancho. Ese Sancho no eres tú,
dixo Don Quixote , porque no solo no eres
buen callar , sino mal hablar y mal por-
fiar , y con todo eso querria saber , que

quatro refranes te ocurrian ahora á la me-
moria , que venian aquí á propósito , que
yo ando recorriendo la mia , que la ten-
go buena , y ninguno se me ofrece. Que
mejores , dixo Sancho , que , entre dos
muelas cordales nunca pongas tus pulga-
res : y , á idos de mi casa , y que quereis
con mi muger , no hay responder : y , si da
el cántaro en la piedra , ó la piedra en el
cántaro , mal para el cántaro : todos los qua-
les vienen á pelo. Que nadie se tome con
su Gobernador , ni con el que le manda ,
porque saldrá lastimado , como el que po-
ne el dedo entre dos muelas cordales , y
aunque no sean cordales , como sean mue-
las no importa , y á lo que dixere el Go-
bernador no hay que replicar , como al sa-
lios de mi casa , y que quereis con mi mu-
ger : pues lo de la piedra en el cántaro un
ciego lo verá. Así que es menester , que
el que ve la mota en el ojo ageno , vea la
viga en el suyo , porque no se diga por él:
espantóse la muerta de la degollada , y
Vuesa Merced sabe bien , que mas sabe el
necio en su casa , que el cuerdo en la a-
gena. Eso no , Sancho , respondió Don Qui-
xote , que el necio en su casa , ni en la a-
gena sabe nada , á causa que sobre el cimien-
to de la necesidad no asienta ningun discre-

to edificio : y dexemos esto aqui , Sancho , que si mal gobernares , tuya será la culpa , y mia la vergüenza ; mas consuélome , que he hecho lo que debia en aconsejarte con las veras y con la discrecion á mi posible : con esto salgo de mi obligacion y de mi promesa ; Dios te guie , Sancho , y te gobierne en tu gobierno , y á mi me saque del escrúpulo que me queda , que has de dar con toda la Insula patas arriba , cosa que pudiera yo excusar con descubrir al Duque quien eres , diciéndole , que toda esa gordura y esa personilla que tienes , no es otra cosa , que un costal lleno de refranes y de malicias. Señor , replicó Sancho , si á Vuesa Merced le parece , que no soy de pro para este gobierno , desde aqui le suelto , que mas quiero un solo negro de la uña de mi alma , que á todo mi cuerpo , y así me sustentaré Sancho á secas con pan y cebolla , como Gobernador con perdices y capones , y mas , que mientras se duerme , todos son iguales los grandes y los menores , los pobres y los ricos , y si Vuesa Merced mira en ello , verá que solo Vuesa Merced me ha puesto en esto de gobernar , que yo no sé mas de gobiernos de insulas , que un buytré : y si se imagina , que por ser Gobernador me ha de llevar

el diablo , mas me ³⁵ quiero ir Sancho al cielo , que Gobernador al infierno. Por Dios , Sancho , dixo Don Quixote , que por solas estas últimas razones que has dicho , juzgo que mereces ser Gobernador de mil insulas : buen natural tienes , sin el qual no hay ciencia que valga : encomiéndate á Dios , y procura no errar en la primera intencion : quiero decir , que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en quantos negocios te ocurrieren , porque siempre favorece el Cielo los buenos deseos : y vámonos á comer , que creo que ya estos señores nos aguardan.

CAPÍTULO XLIV.

Como Sancho Panza fué llevado al gobierno , y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á Don Quixote.

Dicen que en el propio original desta historia se lee , que llegando Cide Hamete á escribir este capítulo , no le traduxo su intérprete como él le habia escrito , que fué un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo , por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de Don Quixote , por parecerle